CIUDAD DE QUINTOS.

Estación: Ciudad Expo. Subo al metro y comienza la partida. Quizás para un hombre de sesenta y tres años podría resultar infantil pensar en este tipo de cosas, pero lo cierto es que me era inevitable percatarme de los pequeños detalles que me hacían tomar ciertas decisiones que, si bien parecían meras coincidencias, en realidad estaban intensamente recubiertas de premeditación. Permítanme explicarme: Al cruzar las puertas, lo primero que hago es buscar un asiento libre. Con una rápida mirada me percató de que no hay ninguno cerca, y el único disponible se encuentra más allá de un rango "aceptable". Y es que, puede existir la posibilidad de que al final del vagón, estuviera un lugar disponible listo para que me sentase, sin embargo, caminar tanto revelaría mi desesperada necesidad de sentarme, haciéndome parecer débil. No podía permitir eso. Decido permanecer en la zona de la puerta por la que ingresé.

A mi izquierda, un muchacho sentado me mira fijamente. Sé lo que hace: El muy maldito me está sometiendo a un juicio de valor para decidir si soy lo suficientemente viejo como para no soportar la carga moral de no cederme su asiento. Finalmente se levanta, y con una torpe sonrisa me señala el lugar. Fui juzgado y el miserable me consideró todo un anciano.

Rechazo la oferta. Él insiste. Vuelvo a negarme. Por fin cede y vuelve a sentarse. He ganado esta ronda. De pronto, un brusco movimiento agita el metro. Un mal frenado del chófer. Me tambaleó. Casi caigo. Todos me miran asustados. El que antes era solo uno se convierte en cuatro o cinco "caballeros" que ahora quieren cederme su asiento. "¡Que os den a todos!... ¡No soy ningún viejo!", pienso.

Todos me insisten. Los rechazo. Vuelven a insistir. No lo soporto más. "Próxima estación: Pablo de Olavide. Fin de tramo uno". Bajo.

Aún faltaban cinco estaciones para llegar a mi casa. Espero al siguiente. Al llegar, se abre la puerta. Subo al metro y comienza la partida...

Seudónimo: Cazador encantado.